

XVI

Francisco empujó al fin la puerta, y vió delante de sí, en vez de Magdalena, una bonita joven, sonrosada como un alba de primavera y vivaracha como una pardilla, la cual le preguntó cortésmente:

—¿Qué se le ofrece, joven?

Francisco no la miró mucho tiempo, por más gusto que diese el verla, y miró en torno de la habitación buscando á la molinera. Y todo lo que vió fué que las cortinas de su cama estaban corridas, y que, de seguro, estaba ella dentro. No pensó en contestar á la linda joven que era la hermana menor del difunto molinero y se llamaba Margarita Blanchet. Se fué en derechura á la cama amarilla, y apartó sutilmente la cortina, sin brusquedades ni preguntas; y allí vió á Magdalena Blanchet, tendida, pálida, amodorrada y abatida por la fiebre.

La miró y examinó largo rato sin moverse ni decir una palabra: y á pesar de su pena de encontrarla enferma, á pesar de su miedo de verla morir, experimentaba una gran satisfacción de tenerla delante y decirse: Estoy viendo á Magdalena.

Pero Mariquita Blanchet le apartó suavemente de la cama, volvió á cerrar la cortina, y, haciéndole seña de que fuese con ella al hogar, le dijo:

—¡Pero joven! ¿quién es usted y qué es lo que quiere? No le conozco á usted y no es usted de aquí. ¿Qué se le ofrece?

Mas Francisco no oyó lo que le preguntaba, y, en vez de contestarle, la interrogó: ¿Desde cuándo estaba enferma la señora Blanchet? ¿Estaba en peligro? ¿La asistían y cuidaban bien en su enfermedad?

Mariquita contestó que estaba enferma desde la muerte de su marido, á consecuencia de la gran fatiga que le había causado el cuidarlo y asistirlo día y noche; que aun no habían llamado al médico, y que irían á buscarlo si ella empeoraba; y que en cuanto á bien cuidarla, ella misma hacía todo lo posible, sin perdonar fatiga, como tenía obligación de hacerlo.

Á estas palabras, el expósito la miró de hito en hito, y no tuvo necesidad de preguntarle cómo se llamaba, pues, además de saber que, por la época de su partida, el señor Blanchet había dado su hermana por compañera á su mujer, descubrió en la bonita cara de la joven un parecido bastante marcado con la cara adusta del difunto molinero. Sucede una cosa muy extraña, y es que se encuentran rostros finos que se parecen á caras desagradables, sin que sea posible explicarse la cosa. Y á pesar de que Mariquita Blanchet era tan simpática como displicente había acostumbrado ser su hermano, le quedaba un aire de familia muy marcado. Pero ese aire había sido rudo y colérico en la cara del difunto, mientras que el de Mariquita era más bien de una persona que se burla que

de una que se enfada, y de quien nada teme, más bien que de quien desea hacerse temer.

Francisco no se sintió del todo inquieto ni del todo tranquilo sobre la asistencia que Magdalena podía recibir de aquella muchacha. Su cofia era muy fina, estaba bien planchada y bien prendida con alfileres; sus cabellos, que llevaba un poco á la moda de los artesanos, eran muy relucientes, y los traía bien peinados y bien estirados por igual; tenía las manos muy blancas y llevaba el delantal muy blanco también para una enfermera. En fin, era muy joven, elegante y desenvuelta para pensar día y noche en una persona que no puede ayudarse á sí misma.

Esto hizo que Francisco, sin preguntar más, se sentase en el hogar, bien resuelto á no marcharse sin haber visto qué sesgo tomaba la dolencia de su idolatrada Magdalena.

Y Mariquita asombróse de verle tomar, con tanta franqueza, posesión del fuego, como si estuviese en su propia casa. Él se quedó cabizbajo sobre los tizones, y como no parecía dispuesto á hablar, ella no se atrevió á interrogarle más sobre quién era y lo que quería.

Pero al cabo de un momento entró Catalina, criada de la casa desde hacía diez y ocho ó veinte años; y, sin fijarse en él, se acercó á la cama de su ama, la avisó con precaución, y fué al hogar para ver si Mariquita tenía la tisana á punto. Mostraba en todo su comportamiento una idea de gran interés por Mag-



JUANITA SE LLEVÓ EL PAÑUELO Á LOS OJOS

dalena, y Francisco, que comprendió la verdad de la cosa, en una sacudida, tuvo ganas de saludarla amistosamente; pero...

— Pero, dijo la criada del cura, interrumpiendo al agramador, dice usted una palabra que no es propia. Una *sacudida* no quiere decir un momento, un minuto.

— Y yo le digo á usted, replicó el agramador, que un momento no quiere decir nada, y que un minuto es muy largo para que una idea nos salga de la cabeza. Yo no sé en cuántos millones de cosas se podría pensar en un minuto. Mientras que para ver y oír una cosa que sucede, no es necesario más que el tiempo de una sacudida. Diré una pequeña sacudida, si usted quiere.

— ¡Pero una sacudida de tiempo!, objetó la vieja purista.

— ¡Ah! ¡una sacudida de tiempo! ¿Le estorba la expresión, señora Mónica? ¿Acaso no va todo á sacudidas? El sol cuando se le ve subir en bocanadas de fuego á su salida, ¿y nuestros ojos que guiñan al mirarlo?; ¿y la sangre que nos salta en las venas?; ¿y el reloj de la iglesia que nos desgrana el tiempo?; ¿y su rosario, cuando usted lo reza?; ¿y su corazón cuando el señor cura tarda en volver?; ¿y la lluvia que cae gota á gota?; ¿y hasta la tierra que, según dicen, da vueltas como una rueda de molino? Usted no siente su galope, ni yo tampoco; es que la máquina está bien untada, pero es preciso que haya sacudida, puesto que damos una vuelta tan grande en veinticuatro ho-

ras. Por esto decimos también una vuelta de tiempo, por decir cierto tiempo. Digo, pues, una sacudida, y no cejo. Y no vuelva á interrumpirme, si no quiere quitarme la palabra.

— No, no; su máquina está también demasiado bien untada, contestó la vieja. Dé usted un poco más de sacudida á su lengua.

XVII

Decía, pues, que Francisco estaba tentado de saludar á la gruesa Catalina y de dársele á conocer; pero como, por la misma sacudida de tiempo, tenía ganas de llorar, se avergonzó de hacerse el tonto, y ni siquiera levantó la cabeza. Pero Catalina, que se había inclinado sobre la lumbre, vió sus largas piernas y se retiró asustada.

— ¿Qué es eso?, dijo á Mariquita en voz baja, en un ángulo de la habitación. ¿De dónde sale ese cristiano?

— ¿Á mí me lo preguntas?, contestó la joven. ¿Yo qué sé? No le he visto en mi vida. Aquí entró como en una posada, sin decir oste ni moste. Preguntó por la salud de mi cuñada, como si fuese pariente ó heredero de ella, y ahí le tienes sentado en el hogar. Háblale, yo no tengo ganas de decirle nada. Quizá no está bien de la cabeza.

— ¡Cómo! ¿piensa usted que es posible que tenga trastornado el juicio? Sin embargo, no parece mala persona, á lo que puedo ver, pues diríase que oculta la cara.

— ¿Y si tuviese alguna mala intención?

— Nada tema, Mariquita; aquí estoy yo para contenerlo. Si nos molesta, le echo una calderada de agua hirviendo á las piernas y un morillo á la cabeza.

Mientras ellas cuchicheaban de este modo, Francisco pensaba en Magdalena: «Esa pobre mujer, que nunca recibió de su marido más que perjuicios y malos tratamientos, se encuentra ahí enferma por haberlo socorrido y confortado hasta la hora de la muerte. Y esa joven, hermana y niña mimada del difunto, según oír decir, no lleva escrita mucha inquietud en la cara. Si se ha fatigado y ha llorado, no se le conoce, pues tiene la vista serena y clara como un sol.»

No podía menos de mirarla por bajo de su sombrero, pues aun no había visto una beldad tan fresca y tan gallarda. Pero si le impresionaba un poco la vista, no le entraba en el corazón.

—¡Bah! ¡bah!, dijo Catalina cuchicheando con su joven ama; le voy á hablar. Hemos de saber de qué se trata.

— Háblale con modos, no se vaya á enfadar: nos encontramos solas en casa; Juanito quizá está lejos y no nos oiría gritar.

— ¿Juanito?, dijo Francisco, que de todo lo que ella charlaba no oyó más que el nombre de su antiguo amigo. ¿Dónde está Juanito, que no le veo? ¿Está muy crecido, muy guapo, muy robusto?

— ¡Toma! ¡toma!, pensó Catalina; pregunta eso porque tiene quizá malas intenciones. ¿Quién será ese hombre? No le conozco ni en la voz, ni en la estatura; quiero salir de dudas y verle la cara.

Y como no era mujer que retrocediese ante el diablo, pues era corpulenta como un trabajador y valiente

como un soldado, se acercó á él, resuelta á hacerle quitar ó caer el sombrero para ver si era un brujo ó un hombre bautizado. Iba al asalto del expósito, sin sospechar ni remotamente que fuese él: pues además de que no estaba en su carácter el pensar mucho en el pasado ni en el porvenir, y hacía tiempo que se había olvidado completamente del expósito, éste había mejorado tanto que ella le hubiera mirado tres veces antes de reconocerlo; pero al mismo tiempo que iba á empujarlo y á tratarlo quizá con dureza, Magdalena despertó, y llamó á Catalina, diciendo con una voz tan débil que apenas se la entendía, que se abrasaba de sed.

Francisco se levantó tan de prisa que hubiera corrido el primero á su lado, á no ser por el temor de causarle una emoción demasiado fuerte. Contentóse con presentar vivamente la tisana á Catalina, que la cogió y se apresuró á llevarla á su ama, olvidándose por el momento de averiguar otra cosa más que el estado de la enferma.

Mariquita fué á cumplir también con su deber incorporando y sosteniendo á Magdalena en sus brazos para hacerle tomar la tisana, y no era difícil, pues Magdalena estaba tan flaca y débil que daba compasión.

— ¿Qué tal te sientes, hermana mía?, le preguntó.

— ¡Bien! ¡bien! hija mía, contestó Magdalena en el tono de una persona que va á morir, pues no se quejaba nunca, por no afligir á los demás.

— ¡Pero, dijo mirando al expósito, no es Juanito el

que está ahí! ¿Quién es, hija mía, si no estoy soñando, ese hombre que está sentado delante de la chimenea?

Y Catalina contestó:

— No lo sabemos, señora; no habla y está ahí como atontado.

El expósito hizo un pequeño movimiento mirando á Magdalena, pues aun temía sorprenderla demasiado bruscamente, y se moría de ganas de hablarle. Catalina le vió en aquel momento, pero no le reconoció, á causa de lo mucho que había cambiado en tres años, y dijo, pensando que Magdalena tenía miedo de él:

— No haga usted caso, mi ama; iba á hacerle salir cuando usted me llamó.

— No le haga usted salir, contestó Magdalena con voz algo reforzada, y apartando más la cortina de su cama; porque le conozco y ha hecho bien en venir á verme. Acércate, acércate, hijo mío; todos los días pedía á Dios la gracia de darte mi bendición.

El expósito corrió y se arrodilló delante de la cama, llorando de pena y de alegría, al extremo de que el llanto casi le sofocaba. Magdalena le cogió ambas manos y luego la cabeza, y le besó diciendo: — Llamad á Juanito; Catalina, llama á Juanito, para que tenga también una buena alegría. ¡Ah! doy gracias á Dios, Francisco, y estoy dispuesta á morir ahora, si tal es su voluntad, pues mis hijos son ya grandes, y habré podido decirles adiós.

XVIII

Catalina corrió en busca de Juanito, y Mariquita estaba tan impaciente por saber lo que quería decir todo aquello, que la siguió para interrogarla. Francisco se quedó solo con Magdalena que volvió á besarle y se puso á llorar; después de lo cual cerró los ojos y recayó en su abatimiento, más abismada que antes. Francisco no sabía cómo aliviar aquel desmayo; estaba como loco, y lo único que podía hacer era sostenerla en sus brazos, llamándola su querida madre, su querida amiga, y rogándola, como si la cosa estuviese en su poder, que no muriese tan pronto y sin oír lo que él quería decirle.

Y con buenas palabras, cuidados inteligentes y honestas caricias, la hizo volver de su desvanecimiento. Ella empezó á verle de nuevo y á escucharle. Y él le decía que había como adivinado que necesitaba de él, y que lo había dejado todo, que había venido para no volverse, si ella le decía que se quedase, y que si quería tomarlo de criado, no le pediría más que el placer de serlo, y el consuelo de pasar sus días obedeciéndola. Y decía además: — No me conteste, no me hable, mi querida madre, está usted demasiado débil, no diga nada. Míreme solamente, si algún placer le cau-